

La hora del silencio

José Bernal

La hora del silencio



José Bernal

Capítulo 1

LA HORA DEL SILENCIO

Cuando era niño soñaba que el amor llegaría a mí caído del cielo. De adolescente, supuse que lo encontraría en una cafetería de moda o en una librería; sí, en un momento fortuito en el que dos manos se tocan queriendo tomar el mismo libro. Cuando crecí, perdí esas teatrales esperanzas, pero la puerta siempre estuvo abierta, aunque sea un poquito.

En un día caluroso, de esos en los que el sol brilla despiadado, descargué una aplicación. Todos saben cuál es. Roja, vulgar, hipnótica. Me hizo sentir poderoso. Decirle feo a un millar con solo deslizar un dedo, lo contrario a decenas. Ponerme en disposición como en tienda. Haciéndome creer a mí mismo que yo no era más que carne.

Gasté toda la tarde deslizando, ansiando el momento en el que alguien más me llamara guapo. Y cuando coincidía el gusto, hablábamos. Nos deseábamos desde lo más bajo. Queriendo saber tamaños. Exigiendo fotografías que confirmaran la calidad de la mercancía. Entonces el teléfono vibró una última vez. Alguien más estaba interesado. Había algo distinto. Él me pareció más que bonito y, aún así, otro más de la lista. Le hablé tranquilo. Me causó una buena impresión. Diferente a la de los demás hambrientos. Contestó tranquilo. Parecía un buen tipo. Hablamos el resto de la tarde. Dudé en darle mi número cuando me lo pidió. La aplicación era para conocer gente, por lo que no tenía sentido hacerme del testigo protegido. Suspiré y escribí los dígitos.

El mensaje directo a mi teléfono no tardó en llegar. Ahí estaba su nombre. Tan extraño y tan común. Respondí haciéndome el desinteresado. Hacía mucho que un hombre no se interesaba en mí de ese modo. Me sentí bien. Un poco menos olvidado. Más feliz. Ya no me hice del difícil. Le hablé abiertamente por toda la noche. Y en el linde de la madrugada, me preguntó si me podía llamar.

–No –contesté enseguida.

– ¿Qué? ¿Te regaña tu mamá? –bromeó.

En ese momento la recordé. La pobre se marchitaba lentamente en la habitación de abajo. Inerte. Doliente. Pálida. Volví a estar consciente del tintineo de mi tía y hermana atendiéndola. Quise saber si algo ocurría. Me asomé por las gradas. No había ni una luz encendida. Mi hermana me vio a los ojos saliendo de la habitación.

-Todo está bien -me dijo con un trapo en la mano.

- ¿Segura?

-Un accidente nada más. Vuelve a la cama.

Corrí de vuelta a mi habitación. Le pregunté al muchacho si aún estaba ahí. No tardó en responder. Volvió a preguntar sobre la llamada. Lo pensé un momento más, recordando la agria discusión con mi madre de años atrás. "Si me vuelvo a enterar que estás otra vez con esas mañas", rezumbaba en mi cabeza. Me quedé quieto. Pensando. ¿Qué podía decirme estando en ese estado? Su mano no podría alzarse, ni su boca vociferar. No tenía siquiera porqué enterarse.

Observé el espejo negro de la pantalla un momento más. Sonreí sintiendo por fin una pizca de victoria sobre mi madre. La encendí y llamé. De nuevo no tardó en responder. Su saludo fue fresco, como brisa marina. Anonadado, me tomó un momento responder. Cuando lo hice, una voz que no era la mía emergió. Él rio quizá sospechándolo. Después habló sobre su día, quién era él y qué le gustaba. Sonaba tan sereno. Yo era un manojo de nervios. No sabía qué decir. Resulté hablando de ciencia ficción. Me sentí tonto. Él, en cambio, parecía tener una naturalidad prodigiosa.

Los tintineos de abajo se reanudaron. Le pedí un momento y corrí a ver qué ocurría. La puerta de la habitación estaba cerrada. Pegué oreja a la puerta. "Ya está, así vas a poder dormir mejor", escuché decir a mi hermana. Unos suaves quejidos se escaparon. Bajé la cabeza. De ser algo grave, habrían salido a buscarme, supuse, y volví a mi habitación. Él seguía esperado. Retomó la conversación como nada. Yo sonreí. Era bueno tener alguien con quien hablar en esas noches solas. Especialmente siendo él, con esa voz tan linda, tan amable, tan llena de vida y expectación. ¿Era un completo desconocido? Sí. ¿Me importaba? Poco. Tenía algo que no sabía. Una sustancia magnética. Quizá era su sonrisa. Sus ojos gigantes. Sus rizos perfectos. Su personalidad ígnea. No lo sé.

Volteé a ver el reloj. Lunes, dos de la madrugada. Meneé la cabeza. Hace mucho que no me desvelaba por alguien. Me sentía un tonto y, sin embargo, ahí estaba, platicando como si fueran las tres de la tarde en una cafetería. Me sentí lleno. Al fin rasguñando la superficie de ese hombre perfecto materializado.

-Me gustas -dijo de súbito.

Quedé congelado. Desde luego que sabía qué responder, pero no podía. Las palabras no se articulaban.

-A, a, a mí también me gustas -tartamudeé al fin.

Mi teléfono vibró con otro mensaje. Era mi hermana. Pedía ayuda. Sentí molestarme. Él continuó explicando por qué le gustaba y... el teléfono otra vez. Ayuda. Apreté los ojos frustrado y corrí al primer nivel. Abrí la puerta de golpe. La tenue luz iluminaba la sombra de mi madre apenas sostenida de pie por mi tía y hermana. Por sus piernas desnudas escurría algo. Ella no me vio a la cara. Sus ojos estaban fijos en sus piernas manchadas.

-Corre, hijo -urgió mi tía -. Acerca el inodoro. Corre.

- ¡Allá, en la esquina! -indicó mi hermana ayudando a mi madre a avanzar un poquito.

Coloqué el aparato tan cerca como fue posible y clavé la mirada en la puerta.

-No voltees -pidió mi madre apenas sacando voz.

-No lo haré -dije, con el pensamiento dividido. Un poco ahí, otro poco con el muchacho. Deseando estar ahí y con él.

Escuché los pasos arrastrados de mi madre. Volteé a ver despacio. Mi tía me hizo una seña para que ayudara a mi hermana a devolver a mi madre a la cama. Ella se encargaría de lo otro. Me coloqué detrás de ella y la apoyé sobre mí para posarla con suavidad. Ella me tomó la mano. Puse su cabeza en la almohada. No me dijo nada. Solo me vio a los ojos. Asentí nervioso y me fui. Poco se imaginaba que estaba haciendo lo ella que odiaba.

Volví a mi habitación. Me sequé las manos sudorosas. Vi por la ventana que Venus perdía brillo. Pronto amanecería. Bajé la cabeza. La llamada aún estaba ahí y el muchacho esperando, paciente como santo. Le agradecí. Él me preguntó qué ocurría. Mentí. Tenía tantas ganas de hablarle, de escucharlo decir que le gustaba y de decirle yo que me gustaba. ¡Cuánto quería hacer! Apenas lo conocía y quería que fuera mío.

Entré a mis cobijas y volví a ver por la ventana. El negro se tornaba lila. Las nubes etéreas se volvían claras. Las estrellas se desvanecían. Entonces escuché que llamaron mi nombre. La voz de mi hermana sonaba urgida. Algo terrible estaba ocurriendo abajo. Sentí miedo. Sí, miedo de perder a mi madre en el olvido de la muerte. Miedo de irme una vez más y que el muchacho no volviera a hablarme. Miedo a mí mismo por dudar. Miedo del mañana.

Salí de la cama. Caminé a la puerta con teléfono en mano. El picaporte reflejaba el alba. Le pedí al muchacho que esperara, respondió que mejor hablaríamos otro día. Apoyé la cabeza en el umbral. No habría otro día.

Abrí tras un suspiro resignado. Afuera descubrí un profundo silencio. Aire espeso y triste, como si el mundo pesara menos. No tuve que bajar para saber qué había ocurrido. Un alma había partido.